

Este autor y profesor de Williams College ha trabajado durante largos años en la influencia de las emociones en la política. Su interés data cuando menos de 1984, año en que publicó un trabajo de reconocimiento nacional en Estados Unidos sobre la estructura de la respuesta emocional en la política. Más tarde abordaría la importancia de las emociones en la gestación de la opinión pública y en la visión que las diferentes teorías de la democracia tienen de su importancia. El avance de su trabajo le ha llevado de forma lógica a plantearse la validez del modelo hoy predominante de ciudadanía para el funcionamiento cotidiano de la democracia.

MARCUS no comparte la visión de muchos demócratas en la que razón y emoción están siempre enfrentadas. No le parece aceptable que la razón deba funcionar siempre buscando purgar de emotividad tanto su trabajo como la acción política que busca producir. Por el contrario argumenta y pretende demostrar que las emociones, en definitiva los sentimientos del ciudadano, son componentes imprescindibles para que la razón pueda realizar su cometido. De hecho, según él aduce, lo posibilita y enriquece.

No tarda mucho en encontrar grandes maestros y relevantes figuras políticas que comparten su opinión. Singularmente, dos de los tres autores de *El Federalista*, tanto HAMILTON como MADISON, son harto expresivos sobre las limitaciones de la razón y sobre lo peligroso que puede resultar confiar completamente en ella para la arquitectura de la política (p. 27). En ocasiones incluso la

acción política sólo puede llevarse a cabo recurriendo a las emociones, como queda claro en *Federalist 51*: “*ambition must be made to counteract ambition*” (p. 26).

MARCUS recurre a ARISTÓTELES, LOCKE y HUME como pilares clásicos, y además a toda una colección de investigadores de la psicología de la conducta, de las ciencias cognitivas y de la ciencia política experimental. También escucha a algunos pensadores normativos —como él dice—, a otros utilitaristas y a sus críticos. El resultado es una conclusión sincera: ¿cómo es posible que se mantenga la insistencia en entrenar a la ciudadanía exclusivamente sobre la razón, cuando en la práctica todos recurrimos a explotar las emociones en el ámbito de la acción pública?

Una parte interesante de este libro es su presentación de los trabajos neurológicos sobre la importancia de las emociones para construir el juicio de nuestras acciones. Y en especial de nuestras acciones públicas. Son trabajos recientes que están aportando datos sobre la interacción de razón y emoción, y sobre los distintos tipos de memoria con los que actúa el ciudadano.

Para el autor del libro la emoción es un ingrediente familiar e ignorado. Su trabajo busca aclarar en qué medida puede ser peligroso mezclar emociones en hechos políticos como los conflictos, las facciones o las deliberaciones. En su camino pone en evidencia a teóricos contemporáneos que, buscando una racionalidad elevada (HABERMAS), puedan conducir más bien a lo contrario por ignorancia de la

realidad de la mente y desconocimiento de sus mecanismos (p. 5).

Aunque el tono del libro no quiere ser partisano ni provocador, y sin llegar a aceptar las exageraciones de DAVID HUME en su *A Treatise of Human Nature* —“*reason is, and ought to be the slave of the passions, and can never pretend other office than to serve and obey them*” —, MARCUS reconoce que “la petición de Hume es menos dañina de lo que inicialmente podría esperarse” (p. 49).

Así pues, la obra que reseñamos nos llevará por los últimos estudios sobre la interacción entre la emoción, el pensamiento y la acción. Incluye algunos gráficos un tanto simples, al estilo de los que insertaba DAVID EASTON, para después introducirse con detalle en aquellas emociones que resaltan como requerimientos para el ejercicio de la ciudadanía. Las emociones sobre las que se centra son el entusiasmo (cap. 5), la ansiedad (cap. 6) y el rechazo (cap. 7).

La conclusión del trabajo es que la emoción es imprescindible para la acción democrática y para la evolución de sus instituciones. Los sentimientos son componentes que más allá de los clichés habituales permiten que la mente trabaje, ya que le ahorran esfuerzos, aligeran sus tareas y suministran datos sabios sobre la acción pública. Citándose a sí mismo de un trabajo que publicó en 1988, Marcus concluye que: “la política democrática no puede ser sólo un espacio de deliberación en calma.

Debe ser también un ámbito de sensaciones (*a sensational place*), un lugar que atraiga y comprometa a los espectadores” (p. 148).

Debemos aclarar que este libro se mueve en la órbita del pensamiento empírico preponderante en Estados Unidos. Su objetivo científico es transparente, ya que reivindica el valor de las emociones. Es una recuperación que se hace desde la tradición norteamericana con el refrescante desenfado de quien aborda temas trascendentales con sencillez, juntando entre sus fuentes a STANLEY MILGRAM y sus experimentos sobre la obediencia con los escritos morales de ERICH FROMM, la psicología social de PHILIP E. CONVERSE o las investigaciones de laboratorio de HANNA y ANTONIO DAMASO. Como ocurre a veces en estas mezclas, lo más llamativo son las ausencias que ya encontrará el lector que se acerque a esta obra.

En resumen, un libro muy norteamericano en su comprensión de la acción pública que tiene la virtud de poner por escrito y de manera explícita algunas contradicciones evidentes de la insulsa teoría política empírica que hoy circula. Una obra que nos informa de notables investigaciones neurológicas sobre esa herramienta o *hardware* de la política que son el cerebro y el sistema nervioso central, auténticos soportes de la mente filosófica moderna.

JAIME MACABÍAS